



Durante su dilatada carrera profesional ha interpretado con acierto personajes tan dispares como San Juan de la Cruz o Francisco Franco, ha sabido emocionar o irritar al público con papeles que iban desde el clásico señorito andaluz hasta un 'padre coraje', pasando por un anarquista de salón deudor del imaginario de Berlanga. Juan Diego (Bormujos, Sevilla, 1942) ingresó a mediados de los años sesenta en el Partido Comunista de España (PCE) y desde entonces ha mantenido firme su compromiso con la izquierda. Ahora triunfa en la televisión encarnando a Don Lorenzo, un comisario iracundo rodeado de unos policías tan ineptos como entrañables.



## JUAN DIEGO

ACTOR

# “La televisión pública debe enriquecer a la gente”

“La sociedad española nunca ha estado tan bien retratada como en el cine que se hace ahora”

Tribuna

En una larga conversación mantenida en una céntrica cafetería madrileña, Juan Diego admite que durante los últimos años le ha llegado un aluvión de premios que han reconocido su buen hacer en el mundo del celuloide. Sin embargo, confiesa con humildad que muchos actores como él eran acreedores a estos galardones, aunque la suerte ha estado de su lado.

El actor sevillano, que eleva el tono de voz al hablar de las injusticias sociales y del excesivo número de personas que se encuentran en el umbral de la pobreza, se considera un privilegiado por trabajar en lo que siempre le ha gustado y encima divertirse. No cree que le falte ningún personaje por interpretar en el

cine o el teatro, pero tiene muy claro que cuando emprende una nueva aventura profesional se entrega a ella en cuerpo y alma.

**Usted siempre se ha significado por su compromiso con la izquierda. ¿Le ha ayudado esto en su carrera profesional o le ha perjudicado?**

Me ha perjudicado, como a mucha gente que toma un compromiso y que depende del público. Pero, en cualquier caso, eso está asumido, no me duele para nada que yo haya tomado esa actitud. A mí no me preocupa saber si han cometido o no injusticias conmigo. Yo no tengo tiempo para recibir injusticias. Es tanto lo que cae sobre la humanidad y lo que le ha llovido a otros, que quejarme sería una injusticia.

**En 1971 usted abanderó, junto a Concha Velasco, una huelga de actores a favor de la reducción de la jornada laboral. ¿Qué reivindicaciones para los actores demandaría usted en los tiempos actuales?**

Ahora deberíamos revisar todo aquello que conseguimos entonces. El país ha dado un giro copernicano en el terreno de la justicia social y las relaciones laborales. En la década de los setenta se crearon las condiciones para poder llegar a una huelga general política del sector. Entonces éramos actores, directores, locutores, cantantes, pintores... y en 1975 se había conseguido la jornada laboral de ocho horas, cuando todos los actores trabajábamos doce. Ahora deberíamos revisar lo conseguido en aquellos momentos.



**¿Qué recuerdos tiene de aquellos tiempos heroicos del Estudio 1? ¿Echa de menos espacios dramáticos como los que entonces ocupaban la parrilla de televisión? ¿Qué papel le corresponde a los canales de televisión públicos en la programación de espacios culturales?**

Por lo menos hay un nuevo Estatuto de RTVE. No sé cuánto dará de sí, pero es algo digno de reseñar. Yo pienso que al poder le interesa muy poco la cultura, le interesa lo justo. Lo más importante para ellos es cómo se sirven los telediarios. Eso ocurría en todos los gobiernos, pero en la época de Urdaci era vergonzoso. Por cierto, una vez le encontré en la calle (a Urdaci) y le dije: 'A ver, repítame cómo era aquello que decías de cé, cé, o, o. Se me quedó mirando y me dijo: qué, qué qué. Hay una cosa muy maligna, y es que la televisión pública está empujada por las televisiones privadas, y mientras éstas hacen de su capa un sayo, la cadena pública está obligada a competir en el terreno económico. Y ése no debe ser su objetivo primordial, sino el de enriquecer a la gente y hacer que se sienta más libre. Lo que no puede ser es que ahora, cuando ves cuatro horas de televisión, acabes alienado. Cuando yo estoy muy agotado y ya no puedo más porque he tenido que hacer un gran esfuerzo intelectual, en vez de tomarme un valium me pongo a zapear por toda la mierda que sale en televisión. Y es una terapia cojonuda. Es como si por mí mente pasara una mano divina que me limpiase las neuronas.

**Cuando vi la película *Los santos inocentes* en el cine Coliseum de Madrid el público atronó la sala con una larga e intensa ovación cuando su personaje, el señorito andaluz, moría ahogado. Supongo que éste no fue un hecho aislado y que la misma escena se repitió en muchos cines. ¿Qué sensación le produjo entonces esta situación?**

Una sensación de sorpresa, porque en los cines casi nunca se aplaude. Aquella fue una película tocada por la gracia y eso mismo que dices ocurrió en muchas partes. Ocurrió en Cannes, en Buenos Aires y en todos los festivales a los que íbamos. El mérito no era mío, sino del director, Mario Camus, quien había conseguido crear un gran clima de odio hacia ese personaje. En realidad, a mí no me parecía tan malo. Era un señor acostumbrado a mandar, que pertenecía a la Edad Media y al que le pertenecían vidas y almas. Era, además, simpático. Yo quería mucho a Landa. Insisto, el mérito era de Mario, que consiguió un momento cumbre en la historia del

cine, de Paco Rabal, que estaba por allí, mío y de la sogá.

**Su papel de anarquista en *París Tombuctú*, de Luis García Berlanga, le valió su segundo Goya a la interpretación masculina de reparto. ¿Se parece en algo el Juan Diego de la vida real a aquel personaje?**

Ese personaje tiene poco de mí. Es un personaje ficticio, un anarquista de Berlanga, un anarquista de salón. Era un personaje transgresor, que tocaba los cojones enseñando los cojones. Yo tenía muchas ganas de trabajar con Luis y fue muy hermoso hacerlo con él. Además, nos teníamos una empatía estupenda.

**¿Qué personaje le falta por interpretar en el cine o el teatro?**

Me faltan todos, no busco ningún personaje concreto. Estoy dentro de una carrera, de un barbecho donde nacen cosas y no tengo ninguna necesidad psicológica de tener un personaje concreto. El que me venga, el que me busque, el que esté ahí. Eso sí, el que pillo voy a muerte con él.

**¿Se siente cómodo interpretando su papel de comisario en la serie de televisión *Los hombres de Paco*?**

Lo paso fenomenal, con los compañeros, con los mayores y los más jóvenes, tenemos un rollo muy bueno. Hay jerarquía pero la rompemos desde el principio. Tener ganas de levantarte para ir a trabajar, y tenerlas durante tres años, eso muy bueno. Imagínate lo que puede salir de una pandilla de enfermos mentales que son los actores. Es una gozada ir a trabajar para divertirte, a pesar de que son jornadas de diez y doce horas, de que hay que estudiar por la noche, del agotamiento que eso supone.

**Su papel en la serie es el de un comisario muy crispado, al límite, que trata de poner orden entre todos los inútiles que le rodean.**

Es una crispación de comedia. Ellos necesitan a uno que pegue voces y yo, como tal, lo asumo y me gusta. Además, a los policías les gusta mucho la serie y cada vez que tengo la oportunidad de ir a algún acto público y me encuentro con ellos, me lo dicen. De alguna manera, la serie humaniza a la policía, con sus grandezas y sus miserias, y la acerca a la gente. A mí, los uniformes siempre me producen escalofríos, es algo que me viene de la clandestinidad, pero la serie está muy bien.

**¿Cuál es el estado de salud del cine español?**

No entiendo cómo hay una panda de anormales que dicen que no les interesa el cine español. El cine en España en estos momentos es de lo más variopinto, toca temas con mayor o menor fortuna, habla de la gente que pelea, que sufre, desde el ejecutivo al extrarradio, pasando por el ciudadano medio, el pervertido y el loco. Yo creo que la sociedad española nunca ha estado tan bien retratada y tan analizada como en el cine que se está haciendo ahora.

**¿Cree que el reconocimiento a su prolífica trayectoria profesional, a través de premios y distinciones, le ha llegado un poco tarde?**

De aquí a que me vaya hay mucho recorrido. Si tengo nueve candidaturas finalistas a los Goya, eso significa que ya me llevan reconociendo mi trabajo desde hace tiempo. Es verdad que últimamente se ha producido un aluvión de premios: el Goya, la Concha de San Sebastián, el premio de la Unión de Actores... Todos estos premios del cine se los merece mucha gente, la suerte es que a ti te ha tocado.

**¿Te imaginas rodando una película en Hollywood, hablando en inglés, con una roulotte para ti solo, un asistente personal y todo eso?**

Lo de la roulotte sí me gustaría (risas), pero salvo eso... Yo soy de un pueblo sevillano que se llama Bormujos y Bormujos queda muy lejos de Hollywood. Yo vi una vez la gala de los Oscar y no me veo allí. Me parece maravilloso lo de Penélope, lo de Antonio, Paz Vega, Bardem. Lo de Javier ha sido impresionante. Te dan un premio Goya y hablas en español, pero lo del Oscar es como ser el Gran Maestro de la Logia.

Es muy importante que sean los actores los que lleguen allí sin apoyo de la industria. Es el momento de decir que el cine español es el más premiado de toda Europa. ¿En qué festivales compite Italia, que hace décadas era la Meca del cine europeo?

**Hace poco tiempo nos ha dejado Fernando Fernán Gómez. ¿Qué recuerda de él?**

Si Miguel Ángel representaba el Renacimiento en sí, Fernando era el maestro total del teatro, del cine, del pensamiento, de la escritura y de la existencia. Yo trabajé con él en la serie 'El Pícaro', en televisión, y en la serie 'Juan Soldado'. Luego hice dos obras de teatro con él, rodamos 'El viaje a ninguna parte'. Las nocheviejas también las pasábamos en casa de Fernando con un grupo de amigos: Agustín González, Pe-

rico Beltrán, Haro Tecglen, Manuel Aleixandre. Siempre discutíamos mucho, pero todos nos respetábamos mucho también. Recuerdo que yo siempre discutía con Fernando qué ciudad era la más cantada, si Sevilla o Buenos Aires, y Fernando siempre sostenía que era la capital argentina. ♦

